

Alain Joxe

EL IMPERIO DEL CAOS LAS REPÚBLICAS FRENTE A LA DOMINACIÓN ESTADOUNIDENSE EN LA POSGUERRA FRÍA

Prefacio a la edición en español

Quiero aprovechar las ediciones española e italiana de este libro para agregar un prefacio que instale la guerra de Irak en el debate estratégico de las democracias, así como algunos otros caos que no habíamos podido describir de antemano en el año 2000. No puede decirse que el apelativo “imperio del caos” haya perdido su actualidad en tres años.

Desde el fin de la bipolaridad Este-Oeste, tenemos la impresión de que el concepto de guerra se ha diluido o confundido, de dos maneras:

1) En el tiempo: las guerras ya no tienen límites temporales: ni comienzo (la declaración) ni fin (la victoria de un campo; la conquista, la sumisión o el saqueo del otro). Puede decirse que la guerra contra Irak comenzó durante la guerra del Golfo de George Bush padre y apenas se suspendió bajo el gobierno de Clinton con el embargo, para reanudarse bajo el de George Bush hijo, y que no está “terminada”.

2) En el espacio: la guerra ya no es una violencia estatal externa, distinta de la acción de la policía interna. Las expediciones estadounidenses pretenden ser expediciones policíaco justicieras y, al mismo tiempo, violan alegremente el derecho internacional y practican el crimen de guerra, según la ONU. Están fuera de la ley.

Desde la guerra de Afganistán y la de Irak, lo nuevo es el retorno de verdaderas expediciones militares estadounidenses semejantes a las expediciones coloniales, con ocupación permanente del terreno conquistado, que, sin embargo, son creadoras de un caos cuyo fin no es posible imaginar porque el objetivo de la expedición, fuera de la destrucción de un régimen político tiránico (talibanes, Saddam Hussein), no está fijado ni en la partida ni en la llegada.

En la partida, el objetivo se ahoga en la vaguedad de las mentiras manipulatorias, destinadas a confundir a la opinión pública del pueblo estadounidense y a la de los aliados, intimidados a volverse o infieles o serviles.

En la llegada, el objetivo se ahoga en la vaguedad del momento de la victoria sin combates ni rendición del enemigo, la incompetencia colonial y las incoherencias de los nuevos conquistadores, desgarrados entre el predominio de la herramienta militar mal adaptada para las tareas de la ocupación colonial y la prepotencia del militarismo civil, que quiere ajustar los detalles desde la Casa Blanca y viola los preceptos de Sun Zi, si la guerra no ha terminado.

En la llegada de la guerra confusa, los infieles y los serviles tienen derecho a la *punición* o al *perdón* o a las *recompensas* del imperio. Estas expresiones parecen ridículas a los pueblos orgullosos. Los “pueblos orgullosos” es una noción mal definida por la politicología clásica, pero resulta útil: se reconocen entre ellos. Son los pueblos que por razones diversas, en ocasiones malas, aceptan no ser imperiales, pero *no aceptan* ser sometidos. Entre ellos, cuento todavía a los vietnamitas, palestinos, turcos, húngaros, franceses, a los argelinos, mexicanos, tal vez a los venezolanos y otros, que hacen como que aceptan pero duermen como gatos y pueden surgir de cualquier parte en cualquier momento.

La mayoría de las guerras contemporáneas, y en particular las guerras imperiales, llevadas a cabo u orquestadas por los Estados Unidos –pero también las pequeñas guerras locales, de apariencia autónoma–, al comienzo son guerras potencialmente internas-externas, que más que a Estados o clases sociales ponen en tela de juicio a comunidades o identidades étnicas o religiosas.

Si no son internas-externas al comienzo, y constituyen conflictos típicamente intraestatales locales, provinciales, tribales, estrechos, no va en contra de la intención de los Estados Unidos intervenir para que, de tal modo, se vuelvan conflictos regionales transfronterizos. La herramienta de la intervención militar transestatal y transfronteriza puede servir entonces para el debilitamiento de los Estados socorridos y para la unificación de los mercados, las corrupciones y los compromisos políticos.

El modelo de la guerra de Irak, al crear el campo de intervención unificado del Centcom en toda la región del Gran Medio Oriente, tendría como equivalente estratégico la guerra de Colombia, que crea el campo de intervención del Southcom en condiciones más difíciles, si se tiene en cuenta la persistencia de los nacionalismos y populismos y las izquierdas latinoamericanas.

La guerra israelí-palestina adquiere un nuevo sentido en la configuración de la posguerra de Irak. Por así decirlo, ésta descalifica la guerra israelí-palestina, que magnificaba el papel de Israel como

contrapeso a Irak. Y, sin embargo, pareciera que el arquetipo de una “victoria de Israel sobre los palestinos” adquiere una significación nueva desde la ruptura de las negociaciones de Oslo y el advenimiento sin matices de la estrategia de colonización, represión y expulsión del gobierno de Sharón.

El papel de Israel, pueblo orgulloso al servicio del Imperio o del Imperio al servicio de Israel en la minúscula superficie urbanizada, regada y desértica de la Palestina del mandato, ya no es muy utilizable para el equilibrio regional.

Se mantiene como creación de un prototipo de guerra urbana de suburbio sin esperanza de paz, pero que funda perímetros de seguridad de tipo apartheid, modelo que podría servir al plan global en la mayoría de las metrópolis del Mundo del Sur y que interesa técnicamente a los militares estadounidenses. En lo sucesivo, la servidumbre de Israel a este interés imperial es completamente suicida.

Estas guerras interminables y sin un objetivo claro practican de manera permanente, como todas las guerras, amenazas de escalada, pero ya no pasando de la guerra de clase local o de la guerrilla a la guerra clásica entre Estados y a la guerra nuclear entre imperios, como en las representaciones estratégicas de los grandes elaboradas para la bipolaridad Este-Oeste. La escalada “moderna” trepa sobre una escala que va desde la especulación inmobiliaria a la operación de policía en las esquinas, el asesinato selectivo, la represión paramilitar más insensata, la guerra terrorista con medios detallistas o masivos de destrucción total; fundada en la supremacía aérea, la observación satelital precisa y el tiro en tiempo real, vale decir, articulado sin demora en el tiempo de la observación gracias a la revolución electrónica.

Aunque basados en capacidades modernas, estos ataques suscitan réplicas antiguas como el atentado suicida de venganza y el terrorismo artesanal. Se parecen más a las guerras de la Edad Media o de la antigüedad por sus asimetrías, sus olopeles religiosos, sus desafíos y sus tipos de actores: emperadores, jefes de guerra locales, asesinos y banqueros urbanos, todos “en contacto” en el espacio virtual de la telecomunicación en red, que hace las veces de “mística”, y separados por fortificaciones de apartheid que clasifican a los habitantes en la estratificación platónica de los órdenes medievales.

Evidentemente, los ciudadanos de todos los países tratan de determinar, para controlarlas, las causas de este cambio, de esta desregulación de la violencia, de este reagrupamiento de las oligarquías, que se lanza contra todo lo que se considera como progreso desde el siglo XVIII. Aunque haya una toma del poder por los psicóticos, no puede decirse que las causas y los remedios sean de orden psiquiátrico.

¿Por qué tales transformaciones? No solamente porque la URSS se ha derrumbado y el mundo parece entonces unificado bajo el imperio único de los Estados Unidos, que sería el responsable y culpable. Porque esto es también una ilusión: aunque sea la potencia militar dominante, el poder de los Estados Unidos realmente no se extiende a todo el mundo ni a todos los campos de actividad y competencia.

Las causas de esta ambigüedad en el tiempo y el espacio y de la destrucción de las identidades políticas y culturales son múltiples, pero no hay que permitir que la vaguedad de desafíos y objetivos de las operaciones de guerra, orquestadas por el imperio del caos, ganen terreno creando una vaguedad habitual de las ideas sobre la política. Es necesario reconstruir un análisis político preciso de la política internacional, de ser necesario, sin que el Estado sea considerado ya como el actor principal salvo a escala diplomática, porque la imprecisión de las concepciones políticas es justamente un resultado buscado por las nuevas clases sociales globalizadas, es decir, extraterritoriales.

Estas clases, más que nunca sin familia ni hogar, pretenden no obstante ser propietarias de la Tierra: puede verse en ellas algo así como una “gran nobleza global” que trata de desprenderse de todo control político democrático en lo que respecta a las grandes decisiones estratégicas. En griego, control democrático significa control de la nobleza por el poder (*kratos*) del pueblo (*dhmos*) como habitantes de circunscripciones locales (*dhmoi*). El pueblo, y sus subdivisiones identitarias, está hecho de buenas vecindades. La nobleza, y sus conglomerados jerárquicos exclusivos, está hecha de torneos. El G8 es un torneo, ubicado en adelante bajo la vigilancia de los pueblos. A partir de 1789, los pueblos tienen el derecho de suprimir las noblezas.

Por lo tanto, el Imperio merece ser analizado de manera permanente por medio de una aproximación estratégica democrática específica, necesaria para la salvación de las repúblicas, cualquiera sea el grado de internacionalización de los flujos económicos, de la corrupción de las elites y de la violencia de la represión. Es imperioso decir que, en la actualidad, únicamente Europa conserva el privilegio intacto de llevar a cabo esta búsqueda crítica dentro de cierta legitimidad. En muchos otros países, aunque uno no piense de otro modo, resulta prudente no tener un discurso tan tajante.

Por consiguiente, dedico esta pequeña introducción a los amigos de nuestras vecindades latinoamericanas y árabe-mediterráneas (para utilizar dos términos equivalentes), que montan guardia en silencio, sonriendo.

ALAIN JOXE
Junio de 2003

4. La globalización clintoniana, una aproximación estratégica al desorden (fragmento)

A partir de este capítulo entramos en la actualidad geoestratégica. Si seguimos la evolución del pensamiento estratégico y de los dispositivos militares globalistas en los Estados Unidos desde comienzos de los noventa, comprenderemos mejor la mutación que se corporiza bajo la presidencia de Bush y que se parece a lo que en inglés se llama una *selffulfilling prophecy*, una “profecía autorrealizada”.

Comprender los debates estratégicos estadounidenses

La palabra globalización debería tener un sentido partidario: “doctrina o ideología favorables a la globalidad”. La globalidad es la cualidad de un fenómeno que se extiende a todo el globo. Los globalistas desean la globalización. La idea tiene un sentido en economía (empresas globales, mercado único), en religión (Iglesia “católica”, de *katolikê*: que reina sobre el todo; ecuménica, que reina sobre la totalidad de la Tierra habitada, el *œkumene*; islam, paz única, dios único), en comunicaciones electromagnéticas o en observación satelital. Pero no lo tiene en democracia. No hay democracia global.

Fuera de la ecología, necesariamente ecuménica, no soy para nada favorable a que un fenómeno político o económico, cualquiera que sea, se extienda a todo el mundo, salvo, tal vez, algunas ideas totalmente elementales como la libertad, la igualdad, la fraternidad, en materia de opinión, de instrucción y de alimentación. Las ideas globales son antiglobalizadoras: la libertad de opinión conduce muy naturalmente a la pluralidad; la igualdad de instrucción plantea problemas innumerables y supone infinitas diversidades de invenciones para cada cultura y hasta para cada niño; la fraternidad de alimentación, a todas luces, no está resuelta en cantidad, pero puede predecirse que jamás será una “función global”, siquiera en la abundancia, teniendo en cuenta la infinita variedad de las cocinas y las resistencias de las cocinas locales a la cocina “global” propuesta por los Estados Unidos.

Por lo tanto, actualmente sólo es posible descubrir la globalidad real en tres campos: el *financiero*, el *militar* y el de las *comunicaciones* electromagnéticas, que, en la prosecución del tiempo real, procede de los dos primeros. Puede meditar en esta Trinidad un poco equívoca. No funda la República de Platón en el plano universal. No funda tampoco el reino de la Trinidad cristiana. En el campo económico y político, sigue sin haber un filósofo global. Las finanzas no son la

esencia filosófica de la economía. La Web no es el Espíritu Santo ni la sabiduría. Únicamente los guerreros de la República de Platón están en el buen camino pero, lejos del puro modelo del Licurgo que inspiraba a Platón, están en vías de privatización, de mercenarización. Los Estados Unidos militares son un poco la Esparta del siglo IV, la que produce soldados pero también exporta mercenarios al sector privado.

Sin cambiar de nombre, las alianzas, y en particular la alianza atlántica, cambiaron completamente de contenido tras la desaparición del Pacto de Varsovia. Pero no es suficiente dar un estado actualizado de las alianzas regionales estadounidenses. Los debates estadounidenses son mucho más profundos y complejos que los de los europeos, por razones de poder y de ambición. Los Estados Unidos realmente tratan de gobernar el planeta. Para enfrentar y controlar los efectos de esta ambición se debe superar la impresión de incertidumbre, incoherencia y dispersión que podría predominar y tratar las representaciones estadounidenses como un caos ordenado por una lógica subyacente, pragmática y doctrinaria *a la vez*.

Las dos fuentes de los debates son la aproximación teórica y el análisis pragmático de las crisis, que no carecen de enseñanzas en los noventa. Pero la gestión de enseñanzas estratégicas contradictorias confiere a los debates estadounidenses –y no es un azar– características más cercanas a algunas querellas teológicas que reflexiones propiamente militares. Antes de proceder a su crítica, hay que establecer el cuadro. Ante todo el cuadro clintoniano, y luego el bushiano. Lo cual, en un período crucial, obliga a extraer de una actualidad casi inmediata algo de historia y antropología a la vez.

No se trata aquí de un manual, ni mucho menos de un compendio, sino de un bosquejo de investigación sobre la forma adoptada por el imperio del caos en el momento clave en que el derrumbe visible del enemigo principal *ponía en peligro la representación de un mundo peligroso*, representación indispensable para el mantenimiento de un sistema imperial depredador. Resulta fácil escoger, en el material superabundante de las controversias, instrumentos conceptuales capaces de organizar la necesaria crítica europea. Mediante esta hermenéutica estratégica, nuestro análisis se acerca a una investigación antropológica en la tribu de los *estrategas*. Esta lectura es indispensable, aunque no impugne ni reemplace el análisis de los intereses económicos y las bazas militares de los Estados Unidos. De donde provienen los cuatro puntos siguientes.

1) Veremos que la globalidad estratégica es ante todo el producto de una toma de conciencia imperial universal. Se remonta al comienzo de los noventa en la producción de varios paradigmas que supuestamente se adueñan del campo estratégico global debido a la desaparición de la URSS.

2) Ésta conduce conjuntamente a la redefinición del período como marcado por una *revolución en los asuntos militares* (RMA: *Revolution in Military Affairs*) que exhibe el advenimiento de la revolución electrónica, aplicada a la búsqueda de una superioridad absoluta y definitiva del aparato militar estadounidense en el mundo posnuclear mediante el dominio de la información.

3) Luego se despliega como la necesidad de rever el principio de las alianzas militares, y en particular el estatuto de la OTAN, después de la caída de la URSS, lo que acarrea cambios sistémicos en la jerarquía y la espacialidad de los intereses estadounidenses, y la acentuación de una desunión de principios entre Europa y los Estados Unidos en la gestión de las crisis.

4) Entre 1994 y 1997, por último, en el nivel de la adquisición de medios, toda una serie de instrumentos analíticos prospectivos, prescriptivos y de control continuo institucionalizan un proceso permanente de modernización de la defensa estadounidense a partir de la aplicación de la revolución informática a los medios militares. Se trata de una revolución doctrinaria y organizativa, pero también de una reforma de la producción de los medios, que modifica los principios de la acción exterior y que apunta a hacer del aparato militar estadounidense, a partir del año 2000, una fuerza absolutamente superior, capaz de realizar acciones puntuales en todo el mundo.

Todo esto desemboca en una nueva representación geopolítica, la de un control de Eurasia vía el Asia central, y esto desde 1998, antes del presidente Bush Jr., antes del atentado de septiembre de 2001 y antes de la decisión de enfrentar a la red Bin Laden y Afganistán.